

La ruta de los jesuitas: Se reconstruye ahora una utopía de la historia colonial latinoamericana

Durante un siglo y medio una singular cultura colonial —la de las Misiones Jesuíticas— floreció en las onduladas planicies de la cuenca de los ríos Paraná y Uruguay, en el territorio que luego sería parte de Paraguay, Argentina, Brasil y Uruguay. La Compañía de Jesús fundó pueblos, levantó iglesias, instaló reducciones y trazó un armónico mapa de comunidades humanizadas proponiendo, al mismo tiempo, una sociedad autárquica donde el indígena estuviera integrado activa y creativamente a la producción y al gobierno de su propia colectividad.

Acompañando a los primeros conquistadores de la América meridional, los jesuitas fueron los organizadores de un foco civilizador cuya influencia fue decisiva en la vida social, política y cultural de esa zona, especialmente entre los años 1609 y 1767 (tal como ocurriría en California y Nuevo México poco después), y cuyos testimonios documentales, artísticos y arquitectónicos han perdurado en forma dispersa, hasta hace pocos años, y a veces se han perdido. Porque, cuando los jesuitas fueron expulsados de América Latina, hacia fines del siglo XVIII, todo entró en una rápida decadencia. En poco menos de cien años la totalidad de las iglesias de la Orden estaban en ruinas, las Misiones y las reducciones invadidas por la exuberante vegetación subtropical y un orden social humanizado aventado en aras del mayor centralismo de la metrópoli colonial del Virreinato de la Plata.

El proyecto de «la Ruta de los Jesuitas».

Sin embargo, Paraguay, Argentina, Brasil y Uruguay han decidido integrar ahora en un proyecto único los eslabones dispersos de esa cultura que les fue común, cuya revalorización e integración multinacional se habrá de plasmar en una iniciativa conjunta de la UNESCO, la OEA, el BID, el PNUD y varias instituciones nacionales de esos países.

La finalidad del proyecto de «la ruta de los jesuitas» es la creación de un circuito turístico que permita visitar las ruinas jesuíticas situadas en diferentes partes de los territorios de esos países, al mismo tiempo que se organizan museos para recoger el testimonio artístico y documental de ese original período de la historia colonial de América Latina. Las primeras inquietudes por salvar ese pasado amenazado, emanadas de los propios países que veían desmoronarse sus ruinas y perderse el patrimonio cultural de las Misiones, fueron detectadas de inmediato por la UNESCO y así, en 1972, se organizó en Asunción del Paraguay un seminario, donde representantes de los sectores culturales y turísticos de esos cuatro países sudamericanos hicieron varias recomendaciones para la preparación y la ejecución del proyecto.

Un levantamiento topográfico y planimétrico de los monumentos fue auspiciado por la UNESCO y los trabajos de inventario y relevamiento fotográfico del acervo jesuítico en Paraguay fue financiado por la OEA. Las actividades a nivel nacional se multiplicaron, culminando esta primera etapa en la reunión programada por la UNESCO en Asunción entre el 9 y el 14 de septiembre, donde los responsables técnicos de cada país, representantes de los organismos internacionales que aportan colaboración técnica o financiera para el proyecto, evalúan estas tareas de la primera etapa y preparan el proyecto de creación de un circuito cultural de las misiones jesuíticas. Un sector del pasado parece, pues, rescatado a tiempo y vale la pena recordar ahora las que fueron sus notas más originales.

Una sociedad autónoma de artistas anónimos.

Cuando los jesuitas llegaron al Río de la Plata, en 1585, crearon la «Provincia Jesuítica del Paraguay» bajo el gobierno de un Padre Provincial con sede en Buenos Aires. Este primer centralismo fue superado, a partir de 1609, cuando la Orden de Jesús empezó a fundar Misiones, la primera de las cuales sería San Ignacio Guazú (**Guazú** en idioma guaraní significa «grande») a la que habrían de seguir cerca de una treintena de establecimientos, quince de los cuales estaban en la actual Argentina, ocho en el Paraguay y siete en el Brasil. El Uruguay era, en este contexto, una de las vías de acceso natural e independiente hacia esas reducciones.

Lo más característico de las Misiones es que no se resignaban a ser centros de irradiación de la fe cristiana entre los indios y así, desde su mismo origen, desplegaron una intensa actividad en los planos

social, cultural y económico. Una Misión intentaba ser una suerte de comunidad autárquica con su barrio indígena, una gran plaza presidida por la iglesia, el cabildo, talleres, casas para huéspedes, escuelas, cementerios y lugares de recreación, racionalmente distribuidos alrededor de ese centro de la vida comunitaria. Un pequeño número de religiosos de la Orden de Jesús orientaba y organizaba la reducción sobre la base del núcleo familiar, con un inteligente sistema de distribución de la tierra y dirigiendo talleres artesanales donde el arte floreció de un modo muy particular.

Este arte fue, sin embargo, esencialmente anónimo. Estaba encarrado como una obra colectiva en la que los propios maestros trabajaban sin estampar sus firmas al pie de los retablos o en los frontispicios de las iglesias. Para el jesuita, la importancia del retablo, del cuadro o de la imagen no radicaba en sus valores artísticos, sino en su eficacia como instrumento de un objetivo superior: la captación de almas y la confirmación en la fe, lo que hoy podríamos llamar su valor «didáctico» o el tributo del siervo a su Señor. Este arte misionero latinoamericano se asimila así al arte medieval, donde la personalidad del artesano se borraba en aras de la obra misma y la exaltación religiosa que procuraba.

La exaltación de lo colectivo.

Este arte «colectivizado» se organizaba a partir de la idea de los **talleres**. El taller era la pieza esencial de la economía de la Misión jesuítica, que estaba concebida para funcionar como un centro económico, administrativo y social casi autónomo. Esta idea de autoabastecimiento supuso, tal como sucedió en los talleres monásticos medievales, una participación activa de la fe del indio, como en la Edad Media lo fuera la de los siervos, y el paso de la creencia a la acción por medio de la obra artística.

En los talleres había que hacer de todo y los jesuitas maestros, a quienes se llamaba fraternalmente «compañeros», debían tener aptitudes de tipo enciclopédico: eran arquitectos y pintores, impresores, pañeros, armeros, carpinteros, herreros y ejercían además una vasta gama de oficios secundarios. Esta multiplicidad de tareas que cada Misión debía ejecutar para su propia supervivencia y donde el indio trabajaba artesanalmente, indujo al Padre Miranda a comparar a cada jesuita «con un Proteo». Pero, al mismo tiempo, esta múltiple aptitud práctica y el entusiasmo con que jesuitas maestros e indios participaban de la empresa, ayuda a comprender el éxito y la difusión de la obra misionera en América Latina y permite interpretar alguna de las razones y temores que llevaron a su abrupta expulsión del continente en 1767.

Lógicamente ese anonimato y la diversificación de aptitudes impidieron la aparición de grandes personalidades capaces de sobresalir en un medio naturalmente hostil. La esencia de la labor reduccional fue todo lo opuesto a la exaltación del individualismo y en ella desempeñó papel preponderante el indígena, cuya incorporación ac-

tiva a la vida misionera de trabajo y disciplina supuso un gran triunfo pedagógico de real integración a la vida colonial española sin otro paralelo conocido en el período.

El indio trabajaba gratuitamente, considerando sus iglesias —en algunas de las cuales, como en la de San Miguel, trabajaron al mismo tiempo más de mil artesanos y obreros— como una ofrenda que levantaba la colectividad y una obra común a la cual cada uno aportaba lo mejor que sabía o podía.

La utopía en tierra americana.

Aunque sin gran capacidad creativa y limitado a la tarea de copista o de simple obrero, el artesano misionero —maestro o indígena— formaba parte de su Misión como un engranaje puesto al servicio de un ideal colectivo. El paternalismo filosófico de los jesuitas no impidió una rigidez teocrática donde todo movimiento debía ser jerárquicamente autorizado y donde el circuito cerrado de la economía —en el que se hacían hasta los zapatos y las ropas que se usaban en la Misión— tenían un sentido religioso de verticalidad organizada al servicio de la colectividad.

Se ha comparado la experiencia de las Misiones jesuíticas con una objetivación de las ideas de la Utopía de Tomás Moro y de Campanella. Estas ideas flotaban en el ámbito colonial español y fueron propuestas concretamente por Vasco Quiroga al Consejo Real de Indias: el modelo de la Utopía serviría para organizar las colectividades indígenas. El jesuita José Manuel Peramas fue más lejos: propuso el modelo de la República de Platón para la organización del imperio colonial español.

Aunque sólo queden ruinas de ese gran sueño utópico, es posible reconstruir hoy parte de sus mejores expresiones artísticas y documentales merced al proyecto en marcha de «la ruta de los jesuitas». Lo más importante es que las piezas aisladas de la realidad misionera americana puedan unirse armónicamente gracias a la colaboración común de esos cuatro países que vieron florecer en parte de sus territorios este modelo de «institución alternativa» en lo social y en lo religioso. Un modelo que debe inscribirse en esa larga lista de los sueños utópicos —y siempre frustrados— con que el hombre ha querido organizar su difícil vida en comunidad.

FERNANDO AINSA

(De «Perspectivas de la UNESCO», núm. 669.)